

moderacion ó por que les fuese peculiar aquella idea, deseaban las instituciones inglesas y formaban todo el partido del ministerio; partido débil, porque no contraponia mas que miras conciliadoras ó pasiones irritadas, ademas de que no oponia á sus adversarios mas que puros racionios sin ningun medio de accion. Empezaba el partido popular á dividirse porque empezaba á vencer. Aprobaban Lally-Tolendal, Mounier, Malouet³ y los demas partidarios de Necker todo cuanto se habia hecho hasta entónces, porque asi habian logrado que el gobierno adoptase sus ideas, reducidas, como hemos dicho, al establecimiento de la constitucion inglesa. Pero creian que era ya lo bastante, y una vez reconciliados con el poder, querian detener el movimiento.

El partido popular, al contrario, no queria pararse todavia y se agitaba con la mayor vehemencia en el club Breton*, cuyos individuos, aunque movidos por la mayor parte de una conviccion sincera, principiaban ya á manifestarse entre ellos algunas pretensiones personales, y el patriotismo iba cediendo al interes individual. Existia un triunvirato interesante por la juventud de sus individuos, cuyo influjo crecia en proporcion de

* Este club se formó en los primeros dias de junio, y fué llamado despues *sociedad de los amigos de la constitucion*.



BARNAVE.

su actividad y talento. Le formaban Barnave , que era un abogado jóven de Grenoble dotado de un entendimiento despejado , á que reunia en el mas alto grado la gracia de la espresion oratoria , y los dos hermanos Lameth. Hacia tambien parte de su asociacion Duport , que era un jóven consejero del parlamento , á quien ya hemos visto figurar anteriormente. Se decia entonces que Duport era el que pensaba lo que se debia hacer , Barnave quien lo decia y que los Lameths lo egecutaban. Lo que puede asegurarse únicamente es , que estos tres diputados eran amigos entre sí , sin ser todavía enemigos pronunciados de nadie.

Siempre era Mirabeau el mas audaz de los gefes populares y el que se anticipaba á todos y abria las deliberaciones mas osadas. Las absurdas instituciones de la antigua monarquía habian indignado á muchos hombres de ánimo recto y de corazon sincero , y por lo mismo no era posible que dejaran de encontrarse algunas almas ardientes y apasionadas , en quienes hubiesen hecho una impresion mas profunda. De esta clase era el alma de Mirabeau , que teniendo que luchar desde sus primeros años contra toda clase de despotismos , el paternal , el del gobierno y el de los tribunales , empleó toda su juventud en combatir contra ellos y odiarlos. Habia nacido de una familia noble de la Provenza y no tardó en hacerse repara-

ble, tanto por el desórden de su conducta como por sus querellas y su elocuencia arrebatada. Todo lo habia aprendido en sus viages á fuerza de observaciones y de una inmensa, lectura y de todo se acordaba.

Naturalmente exagerado, ponderador y casi sofista, cuando no le animaba la pasion, parecia otro hombre cuando esta llegaba á dominarle: inflamaban su ánimo con increíble rapidez la tribuna y la presencia de sus adversarios. Al empezar se notaba cierta confusion en sus ideas, tenia la voz balbuciente y estaba como trémulo; pero bien pronto se iluminaba su espíritu, y entonces hacia en un momento el trabajo de muchos años. En la tribuna misma creaba las ideas y encontraba siempre el modo mas feliz de espresarlas. Si se le impugnaba de nuevo, volvia con mejores y mas claras razones, presentando la verdad con imágenes elocuentes ó terribles. En las circunstancias difíciles, en los momentos en que los ánimos se hallaban cansados de una larga discusion ó intimidados por algun peligro, prorrumplia en alguna exclamacion ó decia una palabra decisiva y entonces parecia su semblante tremebundo, as por su fealdad como por el ingenio que brillaba en él. De este modo dominaba é instruia á la asamblea, obligándola á que dictase leyes ó tomase resoluciones magnánimas.

Convencido, no sin orgullo, de sus eminentes cualidades, y haciendo alarde de sus vicios; altanero ó flexible segun las ocasiones, seducia á algunos con sus alhagos, intimidaba á los otros con sus sarcasmos y los llevaba á todos en pos de sí por el mágico poder de persuasion que poseia. Entre toda clase de gentes tenia partidarios; en el pueblo, en la asamblea, en la misma corte, y ninguno en fin se resistia á su influjo cuando él se empeñaba de veras.

Tratando familiarmente con los hombres y siendo justo con ellos, cuando habia motivos para serlo, aplaudia el talento naciente de Barnave aunque no le gustaban sus amigos. Apreciaba la inteligencia profunda de Sieyes y alhagaba su índole selvática; miraba con recelo á Lafayette, cuya pureza de vida le imponia respeto; detestaba en Necker aquel rigorismo estremado, aquella inteligencia orgullosa y la pretension de dirigir una revolucion que él miraba como propiedad suya. Gustaba poco del duque de Orleans y de su ambicion indecisa y, como veremos luego, jamas fueron comunes los intereses de uno y otro. Aislado en sus propias ideas, atacaba al despotismo, que habia jurado destruir; mas sin embargo, al paso que condenaba las vanidades de la monarquia, le acomodaba todavia menos el ostracismo de las repúblicas; pero no contemplándose toda-

via bastante vengado de los grandes y del poder, continuaba en su obra de destruccion. Por otra parte acosado de la necesidad y descontento con lo presente, se anticipaba hacia un porvenir desconocido, dando motivos para que se pudiese sospechar todo, asi de su habilidad como de su ambicion, de sus vicios, del mal estado de su fortuna y sobre todo del cinismo de sus discursos.

Tales eran en Francia los diferentes matices de los partidos cuando estallaron entre los diputados populares las primeras discusiones con ocasion de los escesos de la multitud, que Mounier y Lally-Tolendal hubieran deseado se desaprobasen por medio de una solemne proclama. Por el pronto no se conformó la asamblea, conociendo la inutilidad de este medio y la necesidad de no indisponer á la multitud que la habia sostenido hasta entonces; pero cediendo despues á las instancias de algunos de sus miembros, consintió en que se redactase una proclama que fué enteramente inútil, como se habia previsto, pues que no se sosiega á un pueblo sublevado con meras palabras.

Era universal la agitacion, cuando de repente se esparció una voz que aterrorizaba, diciendo que se acercaban aquellos bandidos que se habian visto aparecer en todos los motines, y cuya imagen habia quedado impresa en los ánimos. La corte y el partido popular se echaban recíproca-

mente en cara los escesos de aquellos malvados, cuando de repente empiezan á cruzarse correos por todas partes, atravesando la Francia, y anunciando la llegada de los foragidos que cortaban las mieses antes que estuviesen maduras. El levantamiento fué general, y en pocos dias la Francia entera se halló con las armas en la mano aguardando á los perversos que nunca llegaban. Esta estratagema que por de pronto habia generalizado la revolucion del 14 de julio provocando el armamento de la nacion, se atribuyó entonces á todos los partidos; pero particularmente se imputó despues al popular, que es quien cogió el fruto del resultado.

Es de admirar que los dos partidos hayan querido descargar uno sobre otro la responsabilidad de una astucia mas ingeniosa que culpable, conviniendo generalmente en achacársela á Mirabeau, á quien hubiera lisongeadado pasar por autor de ella por mas que lo haya desmentido despues. No dejaba de ser conforme con el carácter y espíritu de Sieyes, y por tanto han creido algunos que se la habia sugerido al duque de Orleans. Otros la atribuyeron á la corte, fundados en que sin anuencia del gobierno no hubieran podido circular tantos correos, y que como la corte no habia considerado jamas la revolucion como general, sino como un mero motin de los parisienses, habia

querido armar las provincias para oponerlas á la capital. Sea lo que fuere, lo cierto es que la nacion fué quien se aprovechó de aquel medio que la puso sobre las armas y en disposicion de velar por su propia seguridad y la de sus derechos. Como el pueblo de las ciudades habia sacudido sus trabas, tambien queria el pueblo de los campos hacer otro tanto, y asi reusaba el pago de los derechos feudales, perseguia á los señores que le habian oprimido, incendiaba sus palacios, quemaba los títulos de propiedad, y se entregaba en algunas comarcas á la venganza mas atroz. Un accidente lamentable habia contribuido particularmente á escitar aquella efervescencia universal. Daba un Mr. de Mesmé, señor de Quincey, una fiesta en los jardines de su casa de campo, donde se habia reunido todo el pueblo de la campiña entregándose á la alegría, cuando habiéndose incendiado de repente un barril de pólvora, produjo una explosion sangrienta. Este accidente que luego se supo haber sido efecto de una imprudencia y no de traicion, fué mirado como un atentado de Mr. de Mesmé. Al instante corrió la voz y provocó en todas partes la crueldad de aquellos paisanos, bastante agritados ya por la miseria y los largos padecimientos.

Vinieron todos los ministros juntos á la asamblea, y presentaron el cuadro lamentable del estado de la Francia solicitando medios para resta-

blecer el órden. Ya desde el 14 de julio se habian empezado á manifestar desastres y desórdenes de toda clase, y habiendo principiado el mes de agosto era indispensable restablecer la autoridad del gobierno y de las leyes. Mas para intentarlo con buen éxito, era preciso empezar la regeneracion del estado por la reforma de las instituciones que mas molestaban al pueblo y le disponian á la sublevacion. Sometida una parte de la nacion á la otra, soportaba un sin fin de cargas llamadas feudales, entre las que las denominadas útiles, obligaban á los paisanos á pagar censos muy ruinosos, y las que se llamaban puramente honoríficas, les sugetaban á ciertas sumisiones y servicios humillantes. Estos eran todavia restos de la barbarie feudal, cuya abolicion era urgente y la reclamaba la humanidad; mas como estos privilegios eran mirados como una propiedad y calificados de tal por el rey en su declaracion de 23 de junio, no hubieran podido abolirse por una mera discusion, sino que era preciso hacerlo por un movimiento espontáneo y como si digéramos de inspiracion, á fin de escitar á los poseedores á que renunciassen por sí mismos. Estaba entonces la asamblea discutiendo la famosa declaracion de los derechos del hombre, habiéndose agitado antes la cuestion de si debia hacerse semejante declaracion, y se decidió el 4 de agosto por la mañana que no solo se hiciese, sino

que se insertase al frente de la constitucion. En la noche del mismo dia dió la comision su informe sobre los alborotos y sobre los medios de poner un término á ellos. Suben entonces á la tribuna el vizconde de Noailles ⁴ y el duque de Aiguillon, ⁵ ambos miembros de la nobleza, y representan que no basta emplear la fuerza para apaciguar al pueblo, sino que es preciso destruir la causa de sus males, con lo cual cesaria inmediatamente la agitacion producida por ellos. Explicándose por fin con mas claridad, propusieron la abolicion de todos los derechos onerosos, que bajo el título de derechos feudales agoviaban á la gente del campo. Dicho esto, se presentó en la tribuna M. Lequen de Kerengal ⁶, propietario de Bretaña, vestido de labrador, é hizo un cuadro espantoso del régimen feudal. De repente, excitados los unos por la generosidad, otros por el orgullo, ostentan todos un desinterés espontáneo y corren á la tribuna para abdicar sus privilegios. Dado el primer ejemplo por la nobleza, fué seguido inmediatamente por el clero no menos celoso que ella. Se enagena por decirlo así, la asamblea, y dejando á un lado una discusion que ciertamente no era necesaria para demostrar la justicia de semejantes sacrificios, todos los órdenes, todas las clases, todos los poseedores de cualesquiera prerrogativas, se esmeran en hacer sus

respectivas renunciaciones. Despues de los diputados de los primeros órdenes, vino tambien el estado llano á hacer igualmente sus ofertas. Ya que no podian sacrificar privilegios personales, ofrecen los de las provincias y ciudades, quedando de este modo establecida en todo el territorio la igualdad de derechos entre sus individuos. Algunos renunciaron á sus pensiones, y no teniendo otra cosa que dar un miembro del parlamento, ofreció su adhesion á la causa pública. Estaba obstruida la mesa con el número de diputados que venian á entregar la nota de sus renunciaciones, contentándose todos por el momento con especificar la clase de sacrificios que hacian, y dejando para el dia siguiente la redaccion de los artículos. Era general el entusiasmo; pero en medio de él, no era difícil de ver que algunos privilegiados poco sinceros querian llevar las cosas á lo peor, y en efecto, habia que temer mucho del efecto de la noche y del extraordinario impulso que se habia dado; cuando conociendo el peligro Lally Tolendal, pasó una esquelita al presidente en que le decia que siendo muy temible el entusiasmo de la asamblea, levantase la sesion. En el mismo instante se acerca á él un diputado, y apretándole la mano con emocion, le dice: «aseguradnos de la sancion real y quedamos amigos.» Viendo entonces Lally Tolendal la necesidad de hermanar al rey con

la revolucion , propuso proclamarle *restaurador de la revolucion francesa*, cuya proposicion se acogió con entusiasmo. Se decretó un *Te Deum* y se separó por fin la asamblea á las doce de la noche.

Se habian decretado en aquella memorable noche:

- La abolicion de la calidad de siervo ;
- La facultad de rescatar los derechos de señorío ;
- La abolicion de las jurisdicciones , conocidas con este nombre ;
- La supresion del derecho esclusivo de caza , de palomares , de conejeras etc.
- La facultad de rescatar el diezmo ;
- La igualdad de impuestos ;
- La opcion de todos los ciudadanos á toda clase de empleos , asi civiles como militares ;
- La abolicion de la venalidad de oficios ;
- La destruccion de todos los privilegios de ciudad y de provincia ;
- La abolicion de los gremios ;
- Y la supresion de pensiones obtenidas sin justo título.

Todas estas resoluciones habian sido tomadas bajo una forma general ; pero quedaba que redactarlas en forma de decretos , y entonces fué cuando , pasado ya el primer movimiento de generosidad , y habiendo meditado cada cual segun sus inclinaciones , querian unos ampliar las concesiones y

otros restringirlas. Se acaloró la discusion y , con una resistencia tardia y mal entendida , se disipó todo el agradecimiento. Convenian todos en la abolicion de los derechos feudales ; pero era preciso distinguir , entre estos derechos , los que debian quedar enteramente abolidos ó los que debian ser rescatados. Cuando en tiempos antiguos los conquistadores , que son el primer origen de la nobleza , invadieron el territorio , impusieron servicios á las personas y tributos á las tierras. Habian ocupado una parte de estas últimas restituyéndolas sucesivamente á los labradores mediante ciertas enfiteusis.

Constituida únicamente la propiedad por una larga posesion seguida de trasmisiones numerosas , todas las cargas impuestas á las personas y á las tierras habian adquirido aquel carácter. Se veia pues reducida la asamblea constituyente á combatir la propiedad misma , y en tal situacion tenia que juzgarla , no como mas ó menos bien adquirida , sino como mas ó menos gravosa á la sociedad. Suprimió los servicios personales , y como muchos de ellos habian sido permutados por censos , fue preciso suprimir estos últimos. Entre los tributos impuestos á las tierras , suprimió los que eran evidentemente un resto de servidumbre , como el derecho impuesto sobre las trasmisiones de dominio , y declaró redimibles todas las